

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA
SANTIAGO PORTILLA

*Una sociedad en armas: insurrección
antirreeleccionista en México, 1910-1911,*
México, El Colegio de México, 1995, 652 pp.

*Lawrence Douglas Taylor Hansen **

EL periodo de la historia de la frontera norte en el siglo XX más estudiado es, sin duda, el de la lucha armada de 1910-1920, sobre la cual existe una bibliografía enorme. Varias obras que han sido editadas en el transcurso de los últimos 15 años, aproximadamente, con referencia a las actividades de los exiliados políticos y jefes de facciones rebeldes en los pueblos y ciudades de Texas y los estados del suroeste estadounidense, han descubierto una de las vetas de investigación más prometedoras en términos de su capacidad para describir más precisamente el papel de la región fronteriza en esta gran contienda.

El recién editado libro de Santiago Portilla titulado *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911* es una aportación significativa a esta nueva corriente historiográfica. Aunque el estudio constituye un análisis de la insurrección maderista en general, se enfoca hacia el desarrollo del movimiento revolucionario en el norte de la República, particularmente en el estado de Chihuahua.

Al analizar las razones detrás del triunfo militar maderista, Portilla destaca el papel que ejerció Estados Unidos como fuente para la obtención de armamento por parte de los rebeldes y como base para la planeación y organización de sus operaciones en México. El autor muestra que la insurrección antirreeleccionista en el norte de la República constituyó en gran parte una lucha, por parte de los sublevados, para comprar y exportar armas y parque a sus combatientes en territorio mexicano, y en el caso de los federales, para asegurar sus propias fuentes de material de guerra y reducir el flujo de armamento a aquellos. Los líderes y agentes insurrectos en territorio estadounidense también reclutaban hombres para pelear en México, actividad que estuvo limitada por las prohibiciones impuestas por las leyes de neutralidad estadounidenses.

Fue una lucha que los antirreeleccionistas ganaron finalmente por su habilidad organizacional y recursos financieros, por el establecimiento de una excelente red de operaciones de inteligencia en Texas y en los estados del suroeste norteamericano, así como por el hecho de que la población de estas regiones simpatizaba con la causa rebelde.

Otros perdedores en esta guerra clandestina, como Portilla señala, fueron los integrantes del movimiento encabezado por Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano,

* Investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública de El Colegio de la Frontera Norte. Se le puede enviar correspondencia a Blvd. Abelardo L. Rodríguez 2925, Zona del Río, C. P. 22320, Tijuana, B. C., México, Tel. (661) 3 35 35.

cuyo centro de operaciones se ubicaba en Los Ángeles. En su análisis de las actividades de los magonistas en la región de Baja California, que constituyó su principal teatro de operaciones, el autor asevera que los objetivos de los rebeldes tenían cierto “cariz secesionista” debido a que, según Portilla, los grupos de la izquierda entre los soldados liberales —los socialistas, anarquistas y hombres de la Industrial Workers of the World (IWW) que formaban el núcleo “ideológico” de las fuerzas magonistas— deseaban instaurar en la península una república acorde con sus principios. En realidad, sin embargo, los dirigentes liberales percibieron la lucha en la península como una parte de la campaña militar que llevaban a cabo en diferentes regiones de México y que, a su vez, constituía para ellos la primera etapa de una revolución socioeconómica global.

En cuanto a la posición del gobierno estadounidense referente a los rebeldes magonistas, el autor concluye que adoptó “la misma posición neutral, semipermisiva, que con los maderistas”. En un principio, las autoridades estadounidenses en la región fronteriza, encargadas de la tarea de mantener las leyes de neutralidad de su país con respecto a la lucha civil en México, a menudo no hicieron ninguna distinción entre las actividades llevadas a cabo por las dos facciones principales en pugna. No obstante, después de la toma de Ciudad Juárez por las fuerzas maderistas, cuando la derrota del gobierno porfiriano era inminente, y al favorecer al movimiento maderista como una alternativa a una revolución socialista en México, el gobierno estadounidense hizo un esfuerzo serio para prestar su cooperación a las autoridades mexicanas en la supresión de las actividades de los liberales dentro de su territorio.

Al analizar la campaña militar de 1910-1911 desde una perspectiva general, Portilla refuta la interpretación tradicional por parte de algunos historiadores en el sentido de que el derrocamiento del presidente Porfirio Díaz se debió fundamentalmente a razones políticas. Según éstos, la renuncia de Díaz se debió a su miedo a una intervención militar por parte del ejército estadounidense, así como a su preocupación por las consecuencias económicas y sociales de una prolongada guerra civil en México. Portilla intenta mostrar en su obra que la revuelta iniciada en noviembre de 1910 creció a tal grado que, después de un periodo de unos seis meses, el ejército federal se reveló incapaz de contenerla.

Con referencia particular a la batalla de Ciudad Juárez, Portilla afirma que ciertas acciones de armas en otras regiones de México, algunas de las cuales llegaron incluso a superar a aquélla en el número de combatientes involucrados, tuvieron un papel igualmente importante en acelerar el colapso del régimen porfiriano. Tal aseveración no toma en cuenta algunas de las consecuencias de este combate que alteraron el panorama militar en México, de las cuales una de las más significativas consistió en la influencia que ejerció en la opinión estadounidense en torno a la revuelta en México. Pocos días después de la caída del pueblo, el presidente Taft decidió reconocer el control de hecho por parte de los maderistas de la puerta de entrada internacional y, lo que fue más importante, mantener abierta la aduana estadounidense, que permitió que los rebeldes recibieran mercancía en general, incluyendo armas, municiones, alimentos y otros bienes. Al mismo tiempo, el control de la aduana del lado mexicano de la frontera les proporcionó a los rebeldes el derecho de cobrar impuestos de importación, que fueron un ingreso adicional para financiar sus operaciones militares. También como consecuencia del combate, las tropas federales fueron retiradas de los pueblos y comunidades de la región fronteriza nortea en general, con motivo de proteger a las capitales estatales y grandes poblaciones del interior de la República. Esta decisión resultó en la conquista

u ocupación de estos pueblos de la región fronteriza, mientras que el gobierno de Taft decidió mantener abiertas sus aduanas del lado estadounidense de la frontera. Por último, la captura de Ciudad Juárez dio un impulso considerable al fervor revolucionario en México, que fue factor importante en el gran desarrollo que la rebelión tuvo durante dos semanas entre la conquista del pueblo fronterizo y la firma de los tratados de paz.

Por otra parte, la inclinación por parte del autor a mostrar el “carácter civilizado” de la revuelta maderista deja al lector con una visión parcial de la lucha. Si bien es cierto, como Portilla señala, que las fuerzas maderistas, después de la toma de ciudades y pueblos en Chihuahua, establecieron autoridades civiles antes de proceder con la campaña militar, a lo largo de la insurrección antirreleccionista hubo numerosos casos de atrocidades cometidas tanto por las fuerzas rebeldes como por las del gobierno. Al tomar el pueblo de Cerro Prieto, Chihuahua, el 11 de diciembre de 1911, el general federal Juan Navarro ordenó el fusilamiento de 19 prisioneros maderistas, entre ellos algunos vecinos pacíficos de la comarca. Después de derrotar a la columna federal dirigida por el coronel Martín L. Guzmán en el cañón de Malpaso el 18 de diciembre, el jefe insurrecto Pascual Orozco ordenó la ejecución de los funcionarios federales de Ciudad Guerrero. Algunos días después, Abraham Oros Oros, uno de los más crueles y sanguinarios de los jefes insurrectos de la región, quien había sido nombrado jefe político del distrito por Orozco, mandó ejecutar a Urbano Zea, el ex jefe político federal.

La cadena de represalias y contrarrepresalias no terminó con estos episodios. El 13 de mayo de 1911, tres días después de la caída de Ciudad Juárez, Orozco y Villa, acompañados por un grupo de sus seguidores, irrumpieron en el cuartel general de Madero para exigir el fusilamiento del general Navarro por las ejecuciones de Cerro Prieto. El presidente provisional rehusó sujetarse a las demandas de los jefes insubordinados y, después de un breve altercado, los convenció de que se habían excedido en su autoridad. Hubo incidentes relacionados con la matanza de prisioneros en otros estados y regiones de la República. Por ejemplo, después de la toma del pueblo de Sahuaripa, Sonora, el 29 de enero de 1911 por las fuerzas federales, los 11 defensores sobrevivientes, incluyendo a los dos hijos de Severiano Talamantes, fueron pasados por las armas.

Los casos de saqueo por parte de las fuerzas contendientes también eran numerosos. Hubo, por ejemplo, a pesar de los intentos por parte de los oficiales insurrectos de mantener cierto control sobre sus hombres, saqueos en grande de las tiendas y otros establecimientos comerciales de los pueblos de Agua Prieta (el 13 de abril), Tijuana (el 9 de mayo) y Ciudad Juárez (el 13 de mayo), después de su captura por los rebeldes. Aunque el saqueo no constituyó una práctica oficialmente sancionada por los dirigentes de los grupos insurrectos —con la posible excepción de los del Partido Liberal Mexicano, que mantuvieron la posición de que la confiscación de dinero, bienes y propiedad de los ricos era justificada debido a que éstos los habían robado, principalmente a los pobres—, era, para varios de los combatientes, un estímulo importante que les motivó a unirse a la lucha, así como una forma de recompensa por haber arriesgado la vida en el combate.

El libro de Portilla está basado en una gran variedad de fuentes, sobre todo las de tipo primario. Una fuente que hubiera sido de considerable utilidad, especialmente con respecto a la investigación de la lucha desde el punto de vista militar, es la del archivo histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Por desgracia, empero, durante el periodo en el cual se llevó a cabo el trabajo de investigación no le fue permitido al autor la consulta de esta fuente.

En conclusión, *Una sociedad en armas* resultará ser una herramienta de considerable utilidad para los investigadores y estudiantes de la Revolución Mexicana en la región fronteriza México-Estados Unidos. No sólo constituye el estudio más extenso y detallado sobre la insurrección maderista que se ha realizado hasta la fecha, sino también contribuye a llenar un hueco extenso en la historia militar de la Revolución, que apenas se ha comenzado a explorar.